

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTOYESCO DE LITERATURA.

NUM. 379

MADRID 6 DE FEBRERO DE 1844.

SEGUNDA SERIE.



MR. FEDERICO WORMIHC.

### LA HERMANA DEL EMIGRADO.

V.

Mlle. de Lagny había nacido en Bretaña como Arturo. Los dominios de su padre estaban contiguos a los de Kerval, y esta circunstancia, en el tiempo de su prosperidad, había establecido entre ambas familias relaciones de vecindad, que aquel pais triste y solitario hacia necesarias a los que acostumbraban vivir en él. Arturo y Geslieta, que así se llamaba la joven bretona, habían adquirido en este trato reciproco una intimidad muy justificada aemas por la semejanza de su edad, la igualdad de sus gustos y esa familiaridad can torosa que es tan natural en todos los niños criados juntos, acostumbrados a dividir entre sí sus diversiones y sus penas, habían sentido nacer y brotar casi al mismo tiempo en su corazon las raíces de un afecto, que indudablemente las leyes, tanto divinas como humanas hubieran consagrado algun dia, si los acontecimientos no hubieran venido precipitadamente a interrumpir sus amores y a disipar sus mas lisongeras esperanzas. Así es que la impresion que hizo en el jóven el ver a su antigua compañera fue tan viva que le hizo olvidar al momento el objeto de su visita y el misterio con que hasta entonces había procurado encubri-se.

— Julieta, le dijo pasado un instante de silencio y tomando tímidamente la mano de la jóven, sois vos a quien yo vuelvo a ver?

— Estoy tan variada que no me conocéis? respondió la condesa con una sonrisa.

— Oh! no, siempre estais jóven y hermosa; pero y el apellido que tenéis?

— Es el de mi marido.

— Estais casada?

— Estoy viuda Arturo! Separada de mi familia,

despojada de mis bienes y echada de mi pais había encontrado en esta tierra de destierro un noble amigo que de muy buena gana había querido dividir conmigo su titulo, su clase y sus riquezas; pero despues el cielo se lo ha arrebatado a mi agradecimiento.

Esta declaración descargó súbitamente el pecho de Arturo del peso que lo oprimía, é hizo renacer en su corazon todos los sentimientos que antes lo habían agitado.

— Ah! Julieta, puedo todavía recordaros nuestro amor?

Al pronunciar estas palabras se había echado Arturo a los pies de la condesa y le había cojido la mano, pero esta se desasó con prontitud, y retrocediendo precipitadamente, le preguntó:

— Qué queréis decir?

— Ay! prosiguió el jóven; no os acordáis de nuestros antiguos juramentos? Julieta, soy vuestro primer amante y debo ser vuestro último esposo!

— Vos! exclamó la condesa en tono extraño, vos! Oh Dios mio! pero si sois casado!

Efectivamente, sin haber nunca dudado del personaje que se ocultaba con el nombre de Arturo Mosel, Mme. de Spilberg, había oído hablar muchas veces de él y de la extraña vida que hacia, de lo cual se admiraba todo el pais.

Al oír esta palabra se levantó vivamente Arturo y se cubrió con las dos manos su rostro, que súbitamente se había ruborizado.

— Es verdad, dijo con voz balbuciente y alterada por la vergüenza y la desesperacion, se me había olvidado.

Horrorizado despues con el peligro que en un instante de pasion había corrido el honor de su familia, y resignado con el inmenso sacrificio que tenia que hacer de nuevo por la reputacion de su hermana, iba a irse; mas la condesa lo detuvo diciéndole:

— Arturo ¿habeis querido engañarme?

Muy turbado el jóven para poder hablar, repulsó solamente con un ademán aquella injuriosa imputacion.

— Pues entenes ¿qué significan esas palabras? ¿Para qué habeis mudado de nombre?

Levantó Arturo sus ojos al cielo, y dió un profundo suspiro.

— ¿No respondeis? dijo la condesa. Y esa carta, que segun me han dicho, veniais a entregarme ¿era tambien un pretexto para introducirnos aqui?

Acordóse el baron por estas palabras del objeto de su visita, registró ligeramente su bolsillo, y entregó la carta a la condesa.

— No, Julieta, respondió en fin; no era un pretexto: aqui tenéis esta carta que me he encontrado en el camino real, en donde la habra perdido indudablemente el correo. Ay de mí! prosiguió; en este momento gravita sobre mi vida un terrible secreto, que no me permite disculparme; pero espero que llegue algun dia en que pueda hablar, y entonces vereis que soy mas infeliz que culpable. Julieta, la sola cosa que os pido es que si alguna vez me habeis amado y todavía me amais, podrais amarme hasta entonces.

Sin embargo, mientras pronunciaba el jóven estas palabras, Mme. de Spilberg había abierto la carta y la recorría entregada a una agitacion, de modo que cuando Arturo acabó de hablar, ella acababa de leerla.

— Arturo, prosiguió ella, con voz turbada; quiero creerlo, y cualquiera que sea el misterio que invocais le respeto; pero no puedo dejaros concebir vanas esperanzas, porque suceda lo que sucediere nunca nos perteneceremos!

Al oír esto, estremecieronse todos los miembros de Arturo.

— Verdaderamente, continuó la jóven, es extraña nuestra suerte! En, fin hágase la voluntad de Dios!...

Arturo, escuchad!

El conde mi marido era el último de su familia y sin duda alguna esperaba que saliera de nuestra union un heredero de su nombre y de sus bienes; pero el cielo lo ha dispuesto de otro modo, y el descendiente de los Spilberg ha muerto sin posteridad. Sin embargo, esta constante preocupacion de todo buen caballero, lo abandonó ni aun en sus últimos momentos: me hizo ir á su cabecera y me manifestó francamente los disgustos que acibaraban sus últimos instantes.

— Julieta, me dijo, sabais lo que os amo! pues sufro en este momento un dolor igual al de separarme de tí, que es morir sin heredero. Mi muerte va á dejarte en un completo abandono, y como todavía eres joven y hermosa, quizá algun día consentirás en tomar un nuevo esposo. Me prometes no dar tu mano mas que al que jure unir sus armas con las mías, y añadir el título de conde de Spilberg á su nombre?

— Señor conde, contesté yo profundamente contristada al oír aquella singular é inaudita proposicion: yo soy vuestra criada, y el menor de vuestros deseos es una órden sagrada para mí.

Esta humilde respuesta causó al parecer mucha alegría á Mr. de Spilberg; pero con todo, parece que no le tranquilizó enteramente.

Efectivamente; otro personaje traído allí por casualidad ó de intento, asistia silenciosamente á esta solemne entrevista. Era un joven así de vuestra edad, llamado Federico Wormich, y mandaba un regimiento en la guardia austriaca; pero por un privilegio comun á todos los oficiales de su clase se hacia reemplazar en su cuerpo una parte del año, é iba de vez en cuando á pasar algunos dias en la quinta de Spilberg. Fuera de esto, era un caballero tan bueno y valiente, que poseía el afecto de mi marido y lo merecia de todos.

Estaba, pues, Federico de pie, próximo á la cama y junto á mí; yo hacia algunos instantes que yo veía las miradas del conde, animadas de una estraña expresion, dirigirse á nosotros dos, hasta que tomó en fin la palabra y dijo:

— Julieta, en nada quiero contrariar tus inclinaciones; pero sin embargo, ¿no podia yo llevarme á la tumba una idea mas exacta de que cumplirás tu promesa?

Y viendo que todavía no lo comprendia bien, añadió:

— «En mi edad, un marido es casi un padre: ¿si yo os ofreciera á Federico por esposo?.....»

Estas palabras me hirieron como si fuera un rayo. No vi si hicieron en el coronel la misma impresion que en mí; pero lo ví empalidecer y estremecerse súbitamente.

— Mr. de Wormich! exclamé.

— Esperais, preguntó el conde, hallar uno mas digno de heredar mis armas y mi título?

Me habian puesto en un desórden tal la sorpresa, la emocion y el dolor, que no supe que responder. Además, Federico estaba al parecer en la misma perplejidad, y creí distinguir que experimentaba la misma necesidad de protestar contra una union que repugnaba lo mismo á su conciencia que á la mia, y que solo el temor de agravar con una repulsa la desesperada situacion de un anciano moribundo lo contenia como á mí.

— Señor conde, le dije con voz bulbuciente, probablemente nunca me casaré.

Al oír estas palabras se animaron con una estraña expresion las facciones del conde.

— Nunca! nunca! exclamó sentándose precipitadamente en la cama... Julieta, lo que decis es imposible... ¿Qué será pues del nombre de los Spilberg?

Asustada con el efecto que habia producido aquella contestacion en el alma timorata de mi esposo, me dirigí hácia él para retractar mis palabras; mas no me dió tiempo para ello, y presiguió en tono mas tranquilo:

— Julieta, escuchad.... Conozco que no me queda mas que un instante de vida y es necesario que os espere enteramente mi pensamiento. Oh! si alguna vez me habeis amado: si los cuidados y afecto que os he tenido escitan en vuestro corazon el menor reconocimiento, prometedme que os volveréis á casar.... Renovad el juramento de no tomar por esposo, sino al que consienta tomar mi título.... Y como á mis ojos Federico es el mas digno de ello, juradme preferirlo á cualquier otro si se agrega alguna vez al número de los que quieran obtener vuestra mano!

Antes de responder le eché al coronel una mirada rápida é inquieta; pero me animó con una sonrisa tan benévola y persuasiva que juré inmediatamente no abusar nunca de una promesa hecha en tan imponente circunstancia.

— Oh! gracias, gracias, exclamó el conde alargándome su mano. Ya puedo morir tranquilo. — Adios Julieta!

Al momento dió el último suspiro: á mí me dió un desmayo y me sacaron de allí. Cuando volví en mí ya no estaba Federico en la quinta, y al día siguiente supe que habia recibido órden de ir con su regimiento á incorporarse al ejército del general Clerfayt, y desde entouces que ya hace dos años, no he oido hablar mas de él. Creíame ya libre y absolutamente independiente de mi promesa....

— Pues bien! dijo vivamente Arturo, que todavía no habia desesperado de descubrir algun día al seductor de Margarita y de recuperar sus derechos obteniendo la mano de la condesa.

— Pues bien! contestó esta enseñándole la carta que le habia entregado el joven breton: ya me escribe exigiéndome el cumplimiento de nuestro juramento y anunciándome su regreso.

— Y cuando viene?

— Mañana!...

— Mañana!... Oh! Julieta, Julieta! exclamó el joven poniéndose las dos manos en su frente.

— Arturo, ya veis que gravita sobre mí el peso de una union sagrada y contratada á la cabecera de la cama de un moribundo; que no es lícito faltar á semejantes promesas, y además que sois casado.

— Si si, Julieta, exclamó el joven con acento de desesperacion, aunque con sublime energía; es verdad que lo soy.

En seguida se marchó desatinado, y la misma condesa vencida de temores y desfallecida, se echó en un sillón.

(Continuará.)

## APUNTES DE UN DESOCUPADO.

Hay paciencia para todo! Un calculista que probablemente tenia poco que hacer, ha tenido la curiosidad de calcular por los registros oficiales de París la edad de 421,525 mugeres casadas en dicho capital durante el espacio de 48 años. Los resultados que ha obtenido han sido los siguientes: 841 mugeres se habian casado entre los 12 y los 15 años: 1920 á los diez y seis años completos; 5939 de diez y siete años; 7846 de diez y ocho años; 6937 de diez y nueve; 7618 de veinte; 8017 de veinte y uno. En este punto acababa la progresion ascendente en cuanto al número de los casamientos, y comenzaba á disminuir rápidamente. De 22 á 25 años, poco mas habia que siete mil mugeres casadas; de 24 á 25 solamente seis mil; de 26 á 28 apenas cinco mil; de 32 á 37 menos de dos mil; de 42 solamente mil y quince, de 48 quinientas ochenta y seis; de 56 doscientos veinte y seis; de 63 ciento veinte y seis de ahí para arriba 78.

Los resultados que hasta aquí quedan espuestos son ya de alguna importancia; porque muestran al menos en tésis general, cual es la edad en que las señoras solteras pueden mas fácilmente casarse; pero nuestro calculador ha llevado sus investigaciones mucho mas lejos, proponiéndose examinar cuales eran las circunstancias particulares á cada uno de los grupos de mugeres casadas, comprendidas en su cuadro estadístico. A fuerza de trabajos é investigaciones (fácilmente se puede imaginar cuanto la cosa le costaria) llegó finalmente á establecer las tésis siguientes:

No hablando en el primer grupo de mugeres de 12 á 15 años, la mayor parte de las comprendidas en los grupos inmediatos hasta los 21 años exclusivamente, se habian casado sin dote. De los 22 hasta los 28 se hallaban tambien muchas sin dote; pero ordinariamente aquellas que no lo tenian, ó se distinguian por algun talento, ó prenda especial, ó eran personas de alta nobleza que se habian casado con maridos de condicion inferior. De los 28 años para adelante la proporcion de las mugeres que se habian casado sin dote era aun menor que el 10 por 100.

Estos últimos resultados son ciertamente precio-

sísimos, porque de ellas se deduce un principio muy luminoso y fecundo en esplicaciones, que puede servir de regulador muy seguro á todas las señoras solteras que deseen tomar estado. Regla general:— hasta los 21 inclusive valen las señoras por la *hechura*: de ahí para adelante solo quedan valiendo por el *peso*. Establecido este principio general, siganse naturalmente los siguientes aforismos de táctica matrimonial, cuya estricta observancia puede evitar á las señoras gran número de aquello á que los franceses dan el nombre de *desappointements*.

I. Toda señora soltera que tuviese pretensiones á casarse, obrará con mucha prudencia si (cualquiera que sea el grado de belleza de que el Creador la hubiese dotado), no deja llegar la edad de 21 años sin haber tomado estado.

II. Si por acaso (lo que Dios no permita) hubiese entrado en los 22 sin haber hallado marido, haga inmediatamente todas las diligencias posibles para adquirir alguna prenda, como la música, el dibujo, el baile, ú otra semejante, por cuyo medio, aquello que el progreso de la edad le fuese haciendo perder por el lado físico, se halle compensado en cierto modo por el lado moral.

III. Nunca señora alguna soltera, que no tenga dote ó posibilidad de alguna herencia, se arriesgue á llegar á los 28 años, sin haber tomado estado. En táctica esta edad de los 28 años es el punto de que dar como en el juego de los treinta y uno.

IV. Las señoras ricas, mayores de 28, aunque hayan llegado á los 50 y á los 40, no deben nunca precipitarse en la eleccion de marido, porque no pierden en la eleccion de marido, porque no pierden el sistema expectativo: han de tener siempre gran número de adoradores en que poder escoger á su voluntad. Es verdad que todos ellos se casarian de mejor gana con la dote independientemente de la muger, que con la muger independientemente de la dote; pero la estricta se ocupa únicamente de los hechos y no se ocupa de la razon de ellos.

V. Las señoras ricas que pasen de 60 años tienen tanta mayor facilidad de hallar marido, cuanto mas viejas fuesen. Aunque sea viuda y con hijos poco importa con tal que la bolsa sea de mucho bulto. El antiguo refran de *que viuda con plata pronto se casa*, tiene en este caso entera aplicacion.



## TEATROS.

Cruz.

Hoy martes no hay funcion.

Príncipe.

A las siete de la noche: La acreditada comedia en cuatro actos y en verso, titulada: EL ¿QUE DIRAN? Y EL ¿QUE SE ME DA A MÍ? Las Mollars. Terminará el espectáculo con la segunda parte del *Soldado fanfarron*.

Circo.

A las siete de la noche: LO INGLESES EN EL INDOSTAN, gran baile nuevo en 5 cuadros,

IMPRESA DE BOIX.